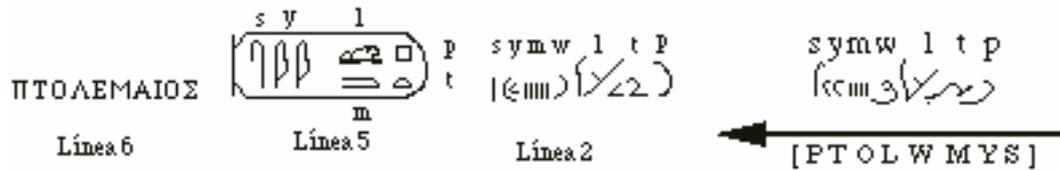


LA PIEDRA DE ROSETTA

El hallazgo. En la Edad Media, el puerto de Al Rashid (Rosetta) eclipsó a Alejandría como salida al mar de El Cairo y utilizó en su crecimiento muchos materiales faraónicos del Delta. Cuando la expedición de Bonaparte llegó en 1798, para asegurar el paso a la India, Al Rashid aún era importante, aunque ya decaía. Al rearmar un viejo fortín para defenderse de la previsible ofensiva angloturca, el teniente Bouchard halló, mediado julio, una gran laja de basalto grabada con tres textos en distintas escrituras, resto de una estela de un templo. Medía 118 cm de alto por 77 de ancho y 30 de grueso y pesaba 762 kilos. La pieza llegó al general Menou e interesó a Bonaparte. En agosto, la piedra estaba en el recién fundado Instituto Francés de El Cairo. Los dos primeros epígrafes fueron identificados como egipcios, lengua indescifrada, y el tercero, griego, fue leído por los estudiosos que iban en la expedición. La última línea griega dice que el texto debía ser grabado “en letras sagradas, en nativas y en griegas”. Saber que los tres textos decían lo mismo era una clave para descifrar el egipcio. Hasta la primavera de 1801, la piedra estuvo en el Instituto, pero la inminencia de la caída de la plaza decidió a los franceses a llevarla a Alejandría. Allí la cogieron los ingleses cuando tomaron la ciudad. Fue llevada a Portsmouth y a la Sociedad de Anticuarios de Londres y luego al Museo Británico (fines de 1802), donde figura como pieza EA24. El jeroglífico se resistió mucho hasta que fue descifrado por Jean François Champollion, que, conocedor del copto (lengua descendiente del egipcio antiguo), descifró de forma casi perfecta el jeroglífico, averiguando que muchos de sus signos tenían valor sólo fonético, y no el simbólico que siempre se les había atribuido. No obstante, su trabajo fue discutido y no fue aceptado por completo hasta que un segundo hallazgo de una inscripción bilingüe, el Decreto de Canope (1866) confirmó sus aciertos.

El desciframiento. La Piedra de Rosetta apareció en una época de viejo interés por lo faraónico. En la segunda mitad del s. XVIII se decoraron a la egipcia edificios como Villa Borghese, inspirada en los monumentos egipcios llevados a Roma por los antiguos emperadores, como a Constantinopla, y se conocían dibujos y materiales por viajeros ilustrados como Frederik Norden que, en 1755, editó un libro ilustrado de viajes por el Nilo patrocinado por el rey de Dinamarca. Aunque fracasados, no faltaron intentos de descifrar el jeroglífico, iniciados en el s. XVII por Athanasius Kircher. Ese espíritu llevó a Francia a completar su expedición militar con un grupo de *savants*.

Los primeros dos años del s. XIX ya vieron trabajos sobre la Piedra que tradujeron el griego e intentaron descifrar su versión demótica (a la jeroglífica le faltan los dos tercios superiores), empezando por los nombres propios de los faraones macedonios que menudean al comienzo del texto. El demótico, además, tenía un aspecto más alfabético que el jeroglífico, y no parecía una escritura simbólica. En 1802, Silvestre de Sacy aisló en demótico los nombres de Ptolomeo y Alejandro y Johan Åkerblad localizó los demás nombres propios no egipcios. Los nombres traducidos parecían indicar (engañosamente) que el demótico sólo tenía signos con valor fonético, cuando no es así. Ello produjo un estancamiento. Más adelante, volvió a la tarea Thomas Young, cuyas dotes matemáticas le permitieron deducir que había grupos de signos que formaban palabras pero que se componían de forma distinta que los nombres propios. También dedujo que algunos signos tenían valor fonético, pero que otros lo tenían ideográfico o denotativo. Y, lo más importante, que el demótico derivaba del jeroglífico, lo que dedujo de la presencia de los cartuchos reales, anillos ovalados en los que el jeroglífico encierra el nombre de un rey. Que el cartucho contendría un nombre regio lo había apuntado en 1762 el francés J. J. Barthélemy. Young fue capaz de leer el nombre de Ptolomeo en demótico y en jeroglífico y con ello pudo dar valor fonético estricto a unos pocos signos jeroglíficos. Young no terminó su propósito, pues pensaba que el jeroglífico no era alfabético, sino que tenía uso alfabético sólo para transcribir ocasionalmente nombres extranjeros, como hacía entonces el chino con los nombres europeos.



[El nombre de Ptolomeo (V) en las tres escrituras de la Piedra de Rosetta (Al Raschid) y en un papiro demótico]

Champollion demostró que el copto era egipcio escrito a la griega por los cristianos locales. En su *Lettre à M. Dacier* (1822) da esta idea y la insólita de que el jeroglífico ha de tener signos fonéticos e ideográficos a la vez. Los nombres escritos con signos de valor alfabético le permitieron descifrar el de Cleopatra (en el cartucho de un obelisco en Dorset). Pronto se sabría que había signos bilíteros y trílteros, ideográficos y determinativos (denotativos).



El texto de Rosetta es el “Decreto de Menfis” del año IX de Ptolomeo V (196 a. C.), del mismo tipo que el “Decreto de Canope” del año IX de Ptolomeo III, su abuelo (238). El Egipto macedónico está en larga guerra con los soberanos macedonios del Imperio Seléucida, que concluirá con la boda de Ptolomeo V (194), rey niño cuando comenzó su reinado (205), y la hermana de Antioco III, Cleopatra I. En 197, el rey vence a ciertos rebeldes egipcios en el Delta y, al año siguiente, ya con 14 años, es coronado a la egipcia, práctica abandonada por sus antecesores y que ahora es políticamente conveniente por la necesidad de recurrir a los nativos y no sólo a los dominadores macedones, pues no sólo hay rebeldes en el Delta, sino también en Tebas. Esta política incluye la adoración del rey como dios (Epífanos Eucaristo = dios manifestado y de gracia), que se establece por decretos como el de Rosetta. Su inicio griego dice (se destacan las expresiones con cartucho en jeroglífico): “En el reinado del joven que heredó el reino de su padre, **Señor de las Coronas**, grande de gloria, que fortaleció Egipto y es piadoso para con los dioses, **Triunfador sobre sus enemigos**, restaurador de la vida civilizada de la humanidad, Señor de las Celebraciones de los Treinta Años, como Hefesto el Grande, rey como el Sol, **Gran Rey del Alto y del Bajo Egipto**, vástago de los dioses Filopátore, el bienquisto de Hefesto, a quien el Sol da la victoria, imagen viviente de Zeus, **Hijo del Sol, Ptolomeo**, de vida eterna, bienamado de Ptah, en el noveno año, durante el sacerdocio de Eto (Aitos), hijo de Eto, servidor de Alejandro y los dioses Sóteros y los dioses Adelfos y los dioses Evérgetas y los dioses Filopátore y el dios Epífanos Eucaristo, atlóforo [carga sacerdotal] de Berenice Evérgete (...)” [En egipcio se lee: Señor de los Úreos, Que vence a su Enemigo, Faraón del Alto País y del Bajo País, Hijo de Re. Cada uno de estos nombres regios va acompañado de la invocación “Vida, prosperidad, salud”).